



FRÍA ESPUMA PLATEADA

AGUSTÍN DÍAZ PACHECO

Ya en la cúspide de El Castillo, le acosa la fría plata burbujeante. No se atreve a mirar hacia abajo porque pretende seguir subiendo. Sueña una y otra vez con la posibilidad de un peldaño más, de sucesivos escalones que lo conduzcan a suficiente altura, pero cree haber llegado al límite. A pesar del frío, el sudor le abre los poros, la frente se perla de gruesas gotas surgidas del esfuerzo y el aliento expulsa el turbulento vaho de quien pretende continuar ascendiendo.

Lleva varias horas huyendo de la fría espuma plateada, y su espalda es continuamente mojada. Divisa desde la altura cómo la noche y la Luna que la acompaña hacen batir reflejos ondulantes, embravecidos, con el ronco sonido que parece haber nacido en mitad de una pesadilla.

Horas antes se encontraba en el segundo piso de El Castillo, a salvo de la ambiciosa humedad, disfrutando de la serena placidez de la lectura. Pero los instantes se precipitaron, haciéndole flotar entre tanta amenaza, meciéndose al compás de la pronta crecida. Luego, no le quedó otra alternativa que ir de piso en piso, contemplando cómo las murallas de El Castillo desaparecían implacablemente. En derredor suyo, cuerpos balanceándose en la inquietante superficie, luego engullidos por el silencio. No se lo pensó dos veces, así que decidió afirmar sus pies, saltando de peldaño en peldaño por tortuosas y anebladas escaleras.

Ahora está absolutamente solo.

No tiene con quien hablar.

Desearía morir, pero lo aprisiona la tenaza del miedo.

Gritar es innecesario porque el bramido sigue creciendo a medida que

avanza la oscuridad, levemente rielada por una Luna que no atreve más claridad que la que le puede ofrecer un casi amordazado cuarto menguante. Y la espuma plateada insiste en su ascenso. Cree no dudar, y la Torre del Castillo se le apetece como un lugar donde ponerse a buen recaudo. Pero cree que de nada le vale la altiva altura, y que el veloz ascenso de la espuma plateada impone su voraz verticalidad.

Contempla otra vez el torreón más alto, la cúspide donde alcanzar la meta que se ha propuesto, lejos del acecho que desde hace horas parece todo moverlo. Sus sandalias, bien sujetas a sus pies por firmes ataduras, como un legionario romano afirmado en sus *caligae*, curtidas en fieras cacerías, cuando la bien aprendida y paciente puntería hizo abatir los cuerpos.

Recuerda que el segundo piso nada pudo ante la furia de los embates; una larga y dormida furia que despertó sobresaltada. Tuvo que salir huyendo escaleras arriba. No le quedó otra escapatoria que la de correr velozmente para ponerse a salvo, aferrado a su voluntad de huida. Pero la altura de nada podía servirle; era tanta la espuma plateada que sólo una convulsa idea lo impulsaba a situarlo en la deseada cercanía del buen recaudo.

Mira una vez más y piensa que da la sensación que bajo sus pies ha surgido una mina inmemorial que ocupó desiertos, llegó a coronar cimas, pero ahora las simas sobrepasan al Everest, las mismas simas que arrebataron tierras, dibujaron el perfil de los continentes, se hicieron profundo misterio en la semioculta nebulosa siempre reacia a la mirada, y cuya oscuridad es casi absoluta.

En ocasiones pudo divisar a algunos hombres deambulando entre sebadales, que también sirvieron de alimento para hombres y mujeres, niños y ancianos, y bastaba la difícil madera para ponerse a salvo, Demasiado tiempo el acumulado, miles de años, demasiada experiencia, se dice entre dientes, mientras la fría espuma plateada permanece a varios metros de sus pies, como si intentara lamerle las sandalias, pero él continúa aferrado a su náufraga voluntad. El cansancio se apodera de sus músculos y el sabor amargo del pánico le seca la garganta hasta llegar a rasparla.

En la alongada noche del tiempo, cuando la luz no llega hasta al final donde reposa el silencio, el hombre y la mujer se resignan ante la sabiduría de minerales arabescos, porque nada pueden entre los surcos de blanca arena, custodiados por los fondos abisales.

Sólo quedan pocos peldaños para coronar la Torre de El Castillo, Desde allí tal vez pueda divisar la salvación, dirigirme a otro lugar, acercarme

a otra Torre más alta que en la que ahora estoy, y la voz queda presa entre los labios del hombre que parece haber emprendido el viaje de la intención cuando se percata del placton, de la profundidad que observa desde su provisional altura, cercada más intensamente por la fría espuma plateada con su esférico dialecto de burbujas.

No sabe si gritar, pero de nada le serviría, o musitar una oración heredada desde el antiguo miedo de las personas, escrita en pentagramas apergaminados sobre los que se posaron manos antiguas que no intuyeron el porvenir, pero cuyos dedos eran diligentes en asir la pluma para dibujar los contornos de la esperanza, voces entonadas en momentos decisivos, en mitad de los instantes fugaces de la vida que ahora amenazan con extinguir. Entonces, el alarido, cuyas amplias alas anidan en los pulmones y su vuelo se pierde en inalcanzables alturas. Pero el grito quedaría estrangulado por la fría espuma plateada mientras el silencio de la fosa abisal mantendría impasible acecho, emboscado igual que una remota venganza. Un silencio milenario, el mismo que es diestro en observar el definitivo silencio de los demás. Mientras, las diminutas masas gelatinosas, o puntiagudas dentaduras a la caza de bacterias se deslizan hábil aunque lentamente.

Piensa que intentando subir a la Torre más alta lo único que hace es descender irremisiblemente. Sus sandalias resbalan en cada escalón, y ya en lo alto, aterido por la fría espuma plateada, cree verse rodeado de peces cuyo estómago es mayor que las presas a abatir.

Ya la Luna no deposita sus débiles flecos de luz, ahora la fría espuma plateada se abraza a su garganta. Piensa en los pisos que ha ido subiendo y que ahora parecen perecer. Es entonces cuando su memoria recorre la cartografía del recuerdo, el mapa difuso en su veloz transcurrir. La cuna hecha en paciente urdimbre, lejana niñez, apasionada adolescencia de atrevida voluntad en los propósitos deliberados, vueltos añicos al llegar a la altura propecta que insinúa contrariedades medidas a miles de kilómetros.

Sus manos se aferran a la cúspide de El Castillo. Pero él cree que el alto torreón quizá ha desaparecido, porque sus manos sólo se pueden engarzar entre sí. El silencio, interrumpido por el constante burbujeo, se vuelve más denso. Los párpados le pesan como declives de plomo, pero él aún aspira en bucear. Sus ojos ya no divisan, sólo intuyen desde la inmensa oscuridad, y trata de imaginar; y es entonces cuando cree escuchar el eco de un largo y lejano alarido que le hace llegar el nombre con que lo bautizaron.